



REVISTA TIPO-LITOGRAFICA DE EDUCACION Y RECREO
 ESCRITA POR
 NUESTROS PRIMEROS LITERATOS.

NICOLAS GONZALEZ, EDITOR, SILVA, 12, MADRID.—2 RS. AL MES.—NÚMERO SUELTO, 50 CÉNTS.

MOTEZUMA

Corría el año 1520. Allí en las misteriosas regiones que anunciara Colón, y cuyas playas llegó á pisar el gran genovés, estendíase un vastísimo imperio, el de Anahuac, cuyo poder y cuya civilización deslumbraba á los bárbaros indios. Los aztecas, sus dominadores, habíanle elevado á un asombroso grado de cultura, y veíanse regidos por el respetado y poderoso Motezuma, señor de vidas y haciendas, y verdadero ídolo de su pueblo.— ¿Quién era este hombre? ¿cuál la causa de su histórica celebri-



Motezuma.

dad? Para comprenderlo sería necesario abrir las más brillantes páginas de nuestra historia, recordar una por una las heroicas hazañas del atrevido Hernán Cortés, y entrar en pormenores que juzgamos inoportunos en este momento. Baste saber que en su tiempo, empresa jamás vista, un puñado de españoles se hizo dueño de vastísimo Estado, y un guerrero incomparable agregó á la corona de Castilla uno de sus más deslumbradores florones. Para conseguirlo hubo de humillar la pujanza de Motezuma, y subyugarle con su arrojo, con

su audacia y con su fé. De aquí la celebridad de su nombre, que hubiera pasado desapercibido, si las circunstancias no le hubieran eternizado al eternizar la conquista de Méjico: de aquí que recordarle sea tributar homenajes á su vencedor y perpetuar las más puras glorias de nuestra nación: de aquí que todo español, si ha de profesar á su patria y á sus antepasados todo el cariño que merece, esté en el deber de conocer esos nombres que tantas grandezas personifican; pues como dijo Ercilla:

«No es el vencedor más estimado
de aquello en que el vencido es reputado.»

Motezuma, segundo de este nombre, sucesor de su abuelo en 1502, habia nacido por los años de 1480. Trazar la historia de sus primeros años sería ocioso, aun cuando fuera dable. Su importancia y su significacion nacen de la resistencia que opuso primeramente á la invasion española, de la docilidad con que siguió los consejos de Cortés, cuando éste penetra en su capital coronado por la victoria; de las vacilaciones que acarrearón su sumision; de la candorosa sencillez que le llevó á juzgar á sus enemigos como *hijos del Sol*, y del triste y no merecido caso que puso término á su existencia.

Dotado de singular atractivo, de elevada y majestuosa estatura, severo y bondadoso á la par; bastante ilustrado para enamorarse de las grandezas y vislumbrar la verdad, á no ser por la sublevacion de sus súbditos contra la influencia de los españoles y contra el empeño de estos por difundir la verdadera religion y evitar los sacrificios humanos en honor de los falsos ídolos, tal vez hubiera conservado el trono, en calidad de feudo de Castilla, si una pedrada que le hirió gravemente, y su disgusto al verse desatendido por su pueblo en el momento en que le hablaba en sentido conciliador, no le hubieran conducido á la desesperacion y decididole á rechazar todo alimento y dejarse morir de hambre.

Su muerte, ocurrida en el año citado, empero, tiene gran alcance histórico, porque facilitó la conquista de Méjico, y su nombre, como queda dicho, recuerda la maravillosa empresa, de que algun dia nos ocuparemos detenidamente.

EL GRANO DE ARENA. CUENTO.

A mi querida sobrina la niña
MARIA DE ASENSI Y DE CASTAÑOS.

I.

*Terminaba el mes de Diciembre.
Camino de una de las principales
ciudades del Norte de España, en una
noche fría y lluviosa, una mujer, llevando
una criatura de pocos años en sus brazos,
andaba triste y fatigada sin encontrar
una casa que le diera albergue ni ali-
mento que reanimase sus quebrantadas
fuerzas. La niña lloraba de hambre y
temblaba de frío, y su madre no tenía
calor para darle vida ni pan con que
sustentarla. Aquella infeliz era viuda;
una penosa enfermedad la consumía, y
su mayor pesar nacia del temor de no
llegar á la poblacion donde vivía un
hermano suyo bien acomodado, y que
le ofrecía cama y mesa en su morada.*

*Besaba con ternura á su niña, pe-
ro esta no cesaba de gemir.*

*No lejos de allí estaban sentados
en un banco de piedra un viejo y un niño.
El viejo gruñía y el niño lloraba.*

*— Eres un holgazán, Ángel, no sirves
más que de estorbo, decía el anciano; ni
trabajas hoy ni trabajarás en tu vida.*

*— Yo no he nacido para esto, además
soy muy pequeño para cargar con tanta
leña, murmuraba el muchacho.*

*— Para eso has venido al mundo, pa-
ra servir de algo. A tu edad llevaba
yo mucho más peso que tú sobre mis
costillas. Pero se hace tarde, échelos
á andar, que es necesario llegar á la gran-
ja antes de las diez.*

Ambos se levantaron, el chico cogió

la leña que colocó sobre sus hombros, y siguió al viejo que era su amo.

Aquel niño no tenía padres; su madre había muerto poco después de su nacimiento, y su padre algunos meses más tarde. Le habían recogido por caridad los dueños de una granja, y allí le daban casa y comida á cambio de un trabajo superior á sus años y á sus fuerzas.

Cuando habían andado cinco minutos cuando hallaron tendida en el suelo á una mujer inmóvil. El anciano se acercó á ella, vió que estaba viva, pero sin conocimiento, y con la ayuda del chico la dejó al pie de un árbol, descansando su cabeza sobre el duro tronco. La mujer llevaba una criatura en los brazos, de la que se apoderó Ángel. Empezó á mecerla como hacen las niñas con sus muñecas, y ella á sonreírse mirándole. El niño buscó algo en su bolsillo, no encontró más que un pedazo de pan negro, y fué introduciendo varias migas en la boca de su nueva compañera.

—No podemos llevar á estas desgraciadas á casa, dijo el viejo; déjenlas aquí y avisaremos al primero que llegue para que las socorra.

—Van á morir de frío, replicó Ángel; las dos están heladas, y no tendríamos caridad si las abandonásemos en medio del camino.

—Ya he hecho bastante apartándolas de él; aquí nadie pasa, están seguras.

—Si V. quiere, se atrevió á decir el niño, me quedaré guardándolas hasta que venga alguien que las ampare.

(Se continuará)

LA DIGESTION

ESPLICADA POR UN PADRE Á SUS HIJOS

Continuación (1).

Con febril impaciencia esperaban los niños al siguiente día la hora de sentarse á la mesa.

Llegó por fin. Apareció D. Lorenzo en el comedor con la sonrisa en los labios, tomó asiento entre su mujer y sus hijos, y no tardó la criada en servir la sopa.

Tan pronto como Doña Carmen destapó la sopera, comenzó á esparcirse el humo en espirales, y al punto exclamó Lolita gritando con todas sus fuerzas:

—¡Un fenómeno, un fenómeno!

—En efecto, hija mia, ese es un fenómeno. El agua, á la temperatura de cero grados, se solidifica. ¿Has visto alguna vez agua sólida, Eduardo?

—Yo no.

—Sí la has visto. ¿No has puesto en las noches de invierno al balcon un plato con agua?

—Sí.

—¿Y qué encontrabas á la mañana siguiente?

—Hielo.

—Pues ese hielo no era otra cosa que agua en estado sólido. A cien grados de temperatura el agua se convierte en vapor. Este es el fenómeno que ha llamado la atención de Lolita.

—Pero yo ya estoy comiendo, interrumpió la niña. He empezado la función de la digestion, y aún no sé lo que es.

—Os lo voy á decir; fijaos bien. La digestion es una función por medio de la cual sufren los alimentos en el tubo digestivo una serie de transformaciones que los hace aptos para reponer las pérdidas del organismo.

—Es decir, para convertirse en sangre, añadió Eduardo.

—Perfectamente. En la digestion se verifican ocho fenómenos distintos. Por esto se dice que tiene ocho tiempos.

—A ver cuáles son, yo los contaré, dijo Lolita.

—Prension de los alimentos, masticacion, insalivacion, deglucion.

—Van cuatro, interrumpió la niña, que

(1) Véase la pág. 238.

ajustaba la cuenta con sus blancos y diminutos dedos.

—Quimificación, quilificación, absorción del quilo y defecación.

—Ocho.

—Eso no lo pueden aprender los niños, dijo Doña Carmen.

—Ni yo quiero que lo aprendan ahora de memoria; pero así que los hayamos explicado uno por uno, los sabrán perfectamente. ¿Cuál es el primero de los tiempos que he dicho, Eduardo?

—Prension de los alimentos.

—Este es el acto por medio del cual cogemos los alimentos y los conducimos dentro de la boca.

—¿Así, papá? dijo Lolita introduciendo en su boca un pedazo de pan.

—O así, añadió Eduardo pinchando una aceituna.

—O de este modo, replicó D. Lorenzo, y llevó á sus labios una copa de vino. Ya veis que los alimentos se cogen de distintas maneras. Por eso se dice que la prension es mediata ó inmediata: mediata cuando nos valemos de un instrumento cualquiera, é



Herreros letukienses.

inmediata cuando la practicamos directamente con la mano, que es el órgano destinado al efecto.

—También puede hacerse con la boca, dijo Eduardo.

—También. Cuando bebemos agua en una fuente ó en un arroyo, verificando la succión, hacemos con los labios la prension directa ó inmediata.

—¿El agua es alimento? preguntó asombrado Eduardo.

—Debemos considerarla como tal, porque

forma parte de la sangre y desempeña en el organismo un papel importantísimo. Ya sabes cuál es el primer tiempo de la digestión. ¿Cuál es el segundo?

—Yo no me acuerdo, dijo Lolita.

—Ni yo, añadió Eduardo.

—¿Qué haceis con los alimentos tan pronto como los introducís en la boca?

—Masticarlos.

—Pues ese es el segundo tiempo: la *masticación*. ¿Sabeis cómo se practica?

—Sí, con los dientes.

—¿Y son iguales todos los dientes?

—No, dijo Eduardo. En la boca tenemos dientes, colmillos y muelas.

—O de otro modo; los dientes se dividen en incisivos, caninos y molares. Los incisivos son ocho, cuatro en cada mandíbula y colocados en la parte media. Cuenta, Eduardo.

—Ocho:

—Los caninos son cuatro, dos arriba y

dos abajo, colocados uno á cada lado de los incisivos.

—Van doce.

—Y los molares son veinte, situados por mitad en cada mandíbula, cinco al lado derecho y cinco al izquierdo.

—Total, treinta y dos.

—Ese número, que es el normal, puede variar por diversas circunstancias, que ahora no hacen al caso.



Seccion de labores: Trajes para niños.

—Come, Lolita, dijo Doña Carmen viendo que la niña olvidaba los alimentos por escuchar á su padre.

—Come, añadió éste; pero despacio para que yo te esplique la masticacion.

Lolita llevó á su boca un pedazo de carne.

—Pon cuidado, hija mia. Lo primero que haces es sujetar el alimento con los colmillos, ó caninos, mientras los incisivos lo dividen en dos ó tres pequeños fragmentos.

En seguida colocas estos fragmentos entre las muelas, y merced á los movimientos de la mandíbula inferior, los vas dividiendo y triturando poco á poco. O de otro modo: los caninos sujetan y desgarran, los incisivos dividen y los molares trituran.

—Ya está concluida la masticacion, dijo Eduardo.

—Aún no. Os falta saber que la lengua ayuda á esta funcion recogiendo las par-

tículas no bien masticadas que se escapan de entre las muelas, volviéndolas á colocar en su sitio. La lengua, centinela avanzado de la digestion, prueba los alimentos para conocer su sabor y su calor, niega la entrada á las sustancias que le son repulsivas, vigila la masticacion y ayuda á la *insalivacion*, cuyo tiempo os explicaré mañana, si habeis entendido bien la leccion de hoy.

—Sí, papá, ¿quieres que te la diga?

—No, hija mia, que ya es tarde. Veremos si mañana la recuerdas.

(Se continuará.)

V. MORENO DE LA TEJERA.

HERREROS LETUKIENSES

Entre los más activos é inteligentes viajeros que han explorado las antes desconocidas regiones de la Nigricia oriental, distínguese en primer término el inglés sir Samuel W. Baker, cuya audacia y cuya tenacidad han sido celebradas por todas las gentes cultas.

Su expedicion á las regiones del Nilo superior y sus escursiones por las comarcas que forman la cuenca de este rio, han dado á conocer muchos países y muchos pueblos y tribus.

Entre estas es notable por sus costumbres la de los letukienses, situada al Oriente y no lejos del caudaloso y misterioso rio, en un valle que recorren las girafas y cruzan á veces los elefantes. A esta familia de negros pertenecen los herreros que representa la pág. 260, en el momento en que se dedican á las tareas de su oficio. La habilidad de aquellos bárbaros es tal que, no obstante la imperfeccion y grosería de sus útiles, trabajan el hierro de una manera admirable, siquiera no posean otra industria que esta, tan necesaria á las belicosas y descuidadas gentes que viven en perenne guerra con sus vecinos, y desconocen las ventajas de la civilizacion y de la sociabilidad.

LA ORACION DE LA MAÑANA

—¿Qué ruido es ese madre? ¿Qué voz aquí en mi oído dulce vibró?
De hermoso sueño,
grata ilusion,
al escucharla
se dispó.

—Ese sonido,
luz de mi amor,
que allá en tu oído
dulce vibró,
es la campana
de la oracion:
¡Niño, despierta!
¡Gloria al Señor!

ROBUSTIANA ARMIÑO.

LOS MEJORES AMIGOS

Continuacion (1).

—Tú tienes la culpa de lo que á mí me sucede, y estás aquí muy bien; en tanto que yo...

—La estancia en casa de la modista durará poco para tí, si eres dócil y buena, le dijo Enriqueta el primer día que su prima le habló: así yo lo he oído.

—¡Tú has hecho lo mismo que yo, y ningún castigo te han dado! insistió la rencorosa niña.

—Te equivocas, observó Enriqueta: he estado encerrada quince días, comiendo solo pan y bebiendo solo agua; pero me he dado por muy contenta de que el justo enojo de mamá se haya calmado con eso, y me haya devuelto su cariño.

—¡Qué imbécil eres! exclamó Amelia.

—Más vale ser imbécil, como tú dices, ó paciente, como digo yo, que estar siempre dominada por la cólera: si sigues así tan irritada, puedes ponerte enferma.

—Amelia la volvió la espalda con amargo desden, y se fué á casa de la modista.

Aquel sombrío enojo, aquella disposicion rebelde y amarga de Amelia, dieron un funesto resultado: su sangre se encendió y se le declaró una violenta fiebre, como en su ingénua inocencia habia predicho Enriqueta.

Su madre, desolada, se la llevó á su lado, y toda la familia rivalizó en cuidados y atenciones; pero el mal pudo más: su violento carácter fué su verdugo, y trece días despues de haber caído enferma exhaló el último suspiro, casi sin recobrar el conocimiento.

¿Quién podrá pintar, mis queridos niños, el desconsuelo de aquella madre infeliz? por culpable que su hija fuera, por indómito que fuese su carácter, el amor de una ma-

(1) Véase la pág. 255.

dre es inagotable, ¡es la imagen en la tierra de la bondad celeste, que jamás se cansa de amar y de perdonar! lejos de Luis, que se hallaba en Barcelona, y habiendo perdido á su hija, con una muerte tan impensada como dolorosa, la pobre viuda sintió que su corazón desfallecía bajo el peso de su dolor.

Luis, el buen hijo, el niño sensible y generoso, lo conoció así, con el instinto del corazón, y escribía á su madre largas cartas, rogándola que no se dejase abatir por la tristeza, y que esperase mejores días.

«Mi principal me quiere mucho, le decía: me hace comer á la mesa con él, y como es soltero y sin hijos, algunas veces me lleva con él á paseo en su carruaje, y por las noches al teatro: pero yo, mi querida mamá, pienso sin cesar en tí, y nada divierte mi tristeza: á tu lado sería dichoso en la situación más infeliz: pero ya veo que es preciso trabajar para que algún día podamos reunirnos para siempre.

Te envío dos duros: uno me lo ha dado mi tío el domingo pasado, que estuve á verlo; me dijo que era para que me comprara una corbata: el otro me lo ha dado mi principal por si se me ofrece algo; en nadie mejor que en tí los puedo emplear, mamá mía, pues yo no tengo necesidades, y aún guardo en el baul dos corbatas negras de las que tú me regalaste.

Ayer por la mañana fui á llevar un hermoso corte de vestido de raso á la condesa del Prado, que lo había comprado en casa: ya sabes, que las damas no suelen ir cargadas con sus compras y que se las envían de los comercios. La condesa es una hermosa señora joven y viuda ya: me hizo entrar en el salón, me recibió muy bien y me dijo si era hijo de comerciantes.

—No, señora, le contesté; mi papá era médico.

—¿Y por qué te han dedicado á tí al comercio?

—Muerto papá, mi pobre mamá no pudo seguir costear mis estudios.

—¿Y no tenías ningún pariente que te favoreciese, pobre niño?

—Sí, señora; mi tío me llamó aquí, y me colocó en la casa donde estoy.

—¿Y tu madre?

—Es muy desgraciada, señora; tenía otra hija, ¡y acaba de perderla! ha quedado sola, y está en casa de una hermana política su-

ya, con mi abuelo, padre de mi papá, y de la tía con quien vive mamá.

—¿Y no tiene fortuna, ni renta, ni nada?

—Nada, señora: si quiere V. conocerla puedo enseñarle su retrato.

—¿Lo tienes ahí?

—Lo llevo siempre conmigo.

Saqué tu retrato, madre mía, y lo enseñé á la condesa: ésta lo miró con atención, y dijo:

—Tiene una fisonomía muy bella y muy inteligente, y un aire muy distinguido: ¡pobre madre! y dime, querido, ¿quisieras tú continuar tus estudios?

—¡Oh, señora! ese sería mi más grande placer: ¡ser médico como papá! ¡heredar su fama, su gloria!

—¿Cómo se llamaba?

—Don Andrés La Roca.

—¿Qué escucho? ¿eres hijo del doctor La Roca?

—Sí, señora.

—¡Del que salvó la vida de mi madre!

La condesa quedó pensativa: después de un instante se dirigió á su secreter, le abrió, y me dijo dándome un paquetito:

—Este es el precio del raso que me has traído; y tomando otro, añadió:

—Esto es para tí.

Yo tomé el primero, pero no el segundo.

—Perdon, señora, dije; dispénseme V. si no admito su regalo.

—¿Por qué?

—Usted no es mi parienta ni me conoce... yo tengo todas mis necesidades cubiertas... eso sería como recibir una limosna... muchas gracias...

—Eres una noble y altiva criatura, dijo la condesa, y no insisto; y ahora adios, hijo mío; ya sabrás de mí.

Yo salí muy contento de haber agradado á esta dama; siempre es bueno inspirar simpatías.

Adios, querida mamá: no estés triste; está tranquila acerca de mi suerte; mi principal me estima mucho; los demás dependientes de la casa me quieren, pues procuro ser servicial y complacer á todos: por las noches estudio en los libros que me traje, para no olvidar la gramática y la historia, en lo que ya sabes estaba muy adelantado: el estudiar es para mí muy agradable y muy consolador, porque la verdad, el alcanzar piezas de tela, y el llevar á las com-

pradoras sus paquetes, no es para mí cosa que me halague; pero paciencia, y pues Dios lo quiere, hágase en todo su santísima voluntad.

Tu hijo que te abraza y te quiere de todo corazón

Luis.*

Esta carta fué un bálsamo delicioso para la pobre y solitaria viuda, y en medio de su aislamiento dió á Dios mil y mil gracias.

X.

El señor de Cifuentes, á pesar del mal estado de sus negocios de América, estaba preocupado con la idea fija de volver allí; pero ya no quería que fuese solo, sino acompañado de su familia.

Participó á su esposa este deseo; y ésta le aseguró que desde luego estaba dispuesta á seguirle, y á soportar con él toda clase de privaciones, hasta que la suerte le sonriese de nuevo, y que se llevarían á sus hijos.

Mas ¿cómo exponer al anciano padre de la señora de Cifuentes, débil y achacoso, á los peligros de una larga travesía, y á los de cambio de clima? ¿cómo en tan avanzada edad podría soportarlos?

Confusos andaban los esposos, y lo iban dilatando todo lo posible; mas la estación propia para embarcarse se aproximaba, y un día su hija habló de la posibilidad del viaje.

Su padre al oírlo quedó pensativo, y permaneció triste durante todo el día; pero nada dijo que demostrase su deseo de acompañarlos.

Además, ¿cómo abandonar á la pobre viuda, privada hasta de la compañía de su hijo? ¿con qué podía sostenerse? ¿de qué viviría? Si le hubieran podido señalar una pequeña renta, hubiera marchado á Barcelona cerca de Luis, y esto hubiera sido para ella una dicha inmensa; pero se tocaba con un imposible en la carencia de medios de la familia.

En estas perplejidades se pasaron algunos días: la señora de La Roca se había apegado á Enriqueta con un tierno cariño: no podía olvidar cuánto había amado á su desdichada Amelia, y que por ir á jugar con ella se había expuesto al enojo de su madre y á un severo castigo.

La señora de La Roca era el aya de Enriqueta; y el alma tierna de la pobre viuda,

puesta en íntima comunicación con el hermoso natural de la niña, alcanzó á hacer de Enriqueta una criatura amable, dulce y respetuosa.

Curada de su funesta afición á que la adulasen, con el escarmiento de Anita, Enriqueta aprendió, bajo la saludable dirección de su tía, á amar la verdad, aunque algunas veces sea un poco dura: aprendió también á obedecer ciegamente, y sin murmurar, las órdenes de sus padres y mayores, segura de que aquellos sabían mucho mejor que ella lo que le convenia y lo que debía hacer.

(Se continuará.)

MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

SECCION DE LABORES

TRAJES PARA NIÑOS

El grabado de la pág. 261 representa un traje de niña visto por delante y por la espalda y otro de *bebé*. El primero es de muselina de lana ó de otra tela ligera: tanto el delantero como la espalda están adornados con *bullones*: la botonadura anterior descansa sobre unas grecas; la parte superior del peto está guarnecida por vueltas rodeadas de un biés que se estiende alrededor de la túnica.

El traje de *bebé* es de cachemira ó faya blanca, y está guarnecido con *quipure* ó faya de color. La espalda tiene forma de paletot y termina en un plegado con vueltas en los extremos de las costuras. La parte anterior presenta un peto de faya de color rosa ó azul, y lleva en medio la botonadura. Rodea la falda un biés de color con adornos blancos, y termina esta en un *quipure* que cae sobre el plegado de la parte inferior.

CHARADA

Prima repetida es nombre
por su valor, no su forma,
igual al que dos *terceras*
en dignidad nos denotan.
Prima dos lleva el pollino
y los que sufren denotas;
segunda y *tercia* es el cerro
que por su altitud no asombra:
tercia y *primera* aquel plano
que representa mil cosas,
valles, sierras, poblaciones,
rios, lagunas y costas;
y es el *todo* ave gentil
que en los aires se remonta.

(La solución en el próximo número.)

Madrid: Imprenta y litografía de N. Gonzalez, Silva, 13.